

I thought by way of an introduction to this topic that it might be useful to briefly explore the terms that constitute the title of this Conversation. I also want to underscore that this Conversation was conceived as a space in which representational strategies of what is often termed ‘resistance’, for want of a better term, covert and otherwise, to so-called ‘globalization’ might be discussed. Or as a friend said to me recently, “We may be living in a global village, but all I ever get is a busy signal.”

We all know globalization is not a new phenomenon. It has been occurring for centuries. What is relatively new, as Manuel Castells was one of the first to point out, is that powerful digital connections, which articulate every aspect of daily urban life, require us to continually re-think the paradigms we use to negotiate our places and ways through the societies we inhabit. Such processes challenge the privileged status not only of Cartesian geometries and older models of spatialization, but also of cultural hegemonies. Infrastructural links and connectors, as well as information exchanges and thresholds, become the dominant metaphors to examine the boundless extensions of increasing urbanization. And increasingly these processes are directly supporting the emergence of an internationally integrated and yet highly fragmented, new work society that wraps the planet. Participation is unavoidable, but is co-optation?

New highly polarized urban landscapes are emerging where premium infrastructure networks—hi-speed telecommunications, smart highways, global airline networks, international media conglomerates—selectively connect together the most favored users and places, both within and between cities. Valued spaces are thus increasingly defined by their fast-

Zonas liminales / Flujos en curso

Pensé que a manera de introducción a este tema, podría ser útil explorar, aunque sea someramente, los términos que dan título a esta Conversación. También quisiera subrayar que esta conversación se concibió como un espacio en el que pudieran analizarse las estrategias representacionales de lo que a menudo se llama resistencia—a falta de un mejor término— encubierta o no, hacia la llamada globalización. O como dijera un amigo hace poco, “Tal vez estemos viviendo en una aldea global pero yo lo único que recibo es la señal de ocupado”.

Todos sabemos que la globalización no es un fenómeno nuevo. Ha ocurrido durante siglos. Lo que es relativamente nuevo, como señalara entre los primeros Manuel Castells, es que las poderosas conexiones digitales que articulan cada aspecto de nuestra vida urbana nos obligan a repensar continuamente los paradigmas que usamos para negociar nuestros lugares y caminos en las sociedades que habitamos. Estos procesos desafían el estatus privilegiado no sólo de las geometrías cartesianas y de modelos más antiguos de espacialización, sino también de las hegemonías culturales. Los vínculos y conectores infraestructurales, así como los intercambios de información y umbrales, se convierten en metáforas dominantes para examinar las extensiones ilimitadas de la urbanización en aumento. Y estos procesos apoyan cada vez más el surgimiento de una nueva sociedad de trabajo internacionalmente integrada, aunque aún muy fragmentada, que envuelve al planeta. La participación es inevitable pero, ¿caso también es inevitable la cooptación?

En la actualidad, surgen nuevos paisajes urbanos, altamente polarizados donde redes de infraestructura de primera —telecomunicaciones

track connections elsewhere. At the same time premium and high-capability networked infrastructures often effectively bypass less favored and intervening places, and what Castells calls redundant users. Often such by-passing and disconnection are directly embedded in the design of these networks both in terms of the geographies of the points they do and do not connect and in terms of the control placed on who or what can flow over these networks. Castells predicts that in the near future valuable locales and people will be found everywhere, even in the most remote places. But switched-off territories and people will also be found everywhere, albeit in different proportions. How will artists and cultural workers make use of these switched-off places? What hybrid forms may emerge in these sites? For these are the spaces from which oppositional practices traditionally have materialized.

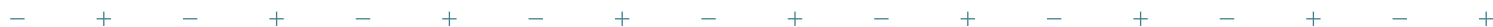
Infrastructure networks and the socio-technical processes that surround them are strongly involved in structuring and delineating the experiences of urban culture and with what Raymond Williams called the ‘structures of feeling of modern urban life’. The panoptic—the desire to be everywhere, all seeing, all at once—simultaneously, now competes with Foucault’s model of the internalized panopticon. While we are aware of ever-increasing and continuous surveillance (and of course this has only increased over the last years), we are also aware that we are less a body, more a byte, a coursing flow, transmitted at high speed, inhabiting the airwaves, potentially omnipotent.

Yet these bytes, coursing flows, these networks, remain under-represented even as the processes that they embody contain the paradoxes of

modern life. For instance, the telephone, one of the first of these instances, connects us only as we are separated. The computer is both simultaneously liberating and more invidious than Taylorism. If we live in a time when truth is a synonym of contradiction, and in which the re-materialization and de-materialization (conceptual and digital) of art can co-exist (for example the way ‘the body’ has returned in much recent contemporary art), how do we respond to these transformed conditions?

The de-materialized nature of much of this movement, its seeming invisibility, creates, I have argued elsewhere, an even greater need for representation, for new modalities of thinking, that can take into account and adequately present these new forms. These networks are not homogeneous, but marked by elisions, distillations, fractures, and ruptures. These networks are not formless, even as they are seemingly invisible.

As these flows determine more and more the nature of our interaction within our daily lives, it has become more difficult to actually ‘image’ the present conditions. A quick repast of the postmodern debates about the ‘loss of the real’, remembering Jean Baudrillard, among others, and the fears that ‘virtual reality’ and the ‘simulacra’ will replace ‘real lived experience’ reminds us that it is not so much that there is no real ‘out there’ any more, but that the relationships between our senses of what is real and what can be made manifest, and what is real but has no physical form, have been occluded. How do we represent the differences, the dis-equilibriums, the transgressions, and the antonymic relations that embody these physical spaces, both the connected and the disconnected?



de alta velocidad, carreteras inteligentes, redes mundiales de aerolíneas, conglomerados internacionales de medios—conectan de manera selectiva a los usuarios y lugares más favorecidos, tanto en el interior de la ciudad como con otras ciudades. Por tanto, hoy en día, los espacios valiosos se definen cada vez más como tales en razón a la velocidad de sus conexiones con otros espacios. Al mismo tiempo, las mejores infraestructuras y las de mayor capacidad a menudo circunvalan con eficacia los lugares menos favorecidos e intervenidos, así como a los que Castells llama usuarios redundantes. Castells pronostica que en el futuro cercano, escenarios y gente valiosa se encontrarán en todas partes, incluso en los sitios más remotos. Pero los territorios y las personas que no están conectadas también estarán en todas partes, sólo que en proporciones diferentes. ¿Cómo utilizarán los artistas y promotores culturales estos lugares desconectados? ¿Qué formas híbridas pueden surgir de esos sitios? Ya que, cabe recordar, esos son los espacios en los que, en el pasado, las prácticas de oposición se han materializado.

Las redes de infraestructura y los procesos sociotécnicos que las rodean están profundamente involucrados en estructurar y delinear las experiencias de la cultura urbana y lo que Raymond Williams llamó las “estructuras del sentimiento de la vida urbana moderna”. De manera simultánea, el panóptico —el deseo de estar en todas partes, viendo todo al mismo tiempo— ahora compite con el modelo de Foucault del panopticon interiorizado. Si bien estamos conscientes de una vigilancia continua y siempre en aumento (que, por supuesto, se ha incrementado más en los últimos años), también estamos conscientes de que somos menos cuerpo, más byte;

un flujo en curso, transmitido a alta velocidad, habitando las ondas aéreas y, potencialmente, omnipotentes.

Sin embargo, estos bytes, estos flujos en curso, carecen de la debida representación, no obstante que los procesos que encarnan contienen las paradojas de la vida moderna. A manera de ilustración: el teléfono, uno de los primeros ejemplos, nos conecta sólo cuando estamos separados. La computadora es, al mismo tiempo, liberadora y más esclavizante que el taylorismo. Si vivimos en tiempos en que la verdad es sinónimo de la contradicción, y en que la rematerialización y desmaterialización (conceptual y digital) del arte pueden coexistir (por ejemplo, en la manera en que “el cuerpo” está de vuelta en gran parte del arte contemporáneo), ¿cómo respondemos a estas condiciones transformadas?

La naturaleza desmaterializada de gran parte de este movimiento, su aparente invisibilidad, crea —ya lo he dicho en otra parte— una necesidad aún mayor de representación, de nuevas modalidades del pensamiento que puedan tomar en cuenta y presentar adecuadamente estas formas nuevas. Lejos de ser homogéneas, estas redes están marcadas por omisiones deliberadas, destilaciones, fracturas y rupturas. Estas redes no son amorfas, aunque parezcan invisibles.

En la medida en que estos flujos determinan más y más la naturaleza de nuestra interacción con nuestra vida cotidiana, se ha vuelto más difícil “imaginar” las condiciones presentes. Una mirada fugaz a los debates posmodernos acerca de la “pérdida de lo real” —por ejemplo la lectura de Jean Baudrillard, entre otros—, y los temores de que la “realidad virtual” y el “simulacro” reemplacen la “experiencia real”, nos recuerdan que no es

One of the most pressing issues to confront us as we attempt this task is to re-define our relation to images—this is increasingly a philosophical question—in fact, given the problems in determining what is real, what are images exactly, what is their nature today and what possible relations can and do we have with them? Are they used up, no longer valuable tools for communicating as Alfredo Jarr, among others, has posited in some of his recent works, for example, *Lament of the Images* (2002)?

The common sense answer still remains that images inhabit the place between the object and the viewer. We know this from the analytical work of visual semioticians in the image realm, but it is increasingly in the terrain of ‘imagining’/‘imaging’ that the transformed nature of the paradoxes that describe these conditions might be made visible.

For me this is where the notion of the ‘liminal’ is most useful. One of my earliest encounters with the term ‘liminal’ was through anthropology—in particular, the work of Victor W. Turner is his book *The Forest of Symbols* (1967). Remember that for ‘liminal’ the root is ‘limen’, which is related to limbo. Turner describes tribal rites of passage as occurring in three phases for boys (girls are not mentioned—this is the late sixties). First, boys, of a certain age, are identified, then separated, and effectively marginalized—excised from the rest of the tribe and placed in separate huts, which Turner describes as a ‘limen’, or limbo space. At this moment Turner describes them as effectively outside of space, outside of time. They are kept sequestered until the moment when through a ritual of enactment, they can be re-integrated into the tribe as men. It is this marginalization that creates the space that leads to a moment of enactment that I find il-

luminating for the possibilities contained in the ‘liminal’. For this space, which begins as a boundary, is productive, over time, of a moment of enactment. This space becomes over time fraught with possibility for empowerment and agency.

But to return to the question I posed above in relation to the ‘liminal’ and the paradoxical nature of the present, to the notion of imaging/imaging...

As Paul Bishop discusses this, the problem is one of both ‘access to’ and ‘representation of’ an inter-discursive space in which our relationships to images must be negotiated. I would argue that to some extent this problem in access is attributable to a kind of loss of ‘imaginal depth’, a collapse of imaginary space, because of the confusion produced by both the ability to simulate images and the multitude of visual images that we encounter. This perceived loss results in an inability to delve deeply into the psychic structure of imaginary space—into its paradoxical nature, such that we are compelled to remain on the surface of experiences and do not penetrate into a deeper realm. It is precisely this impression of a loss of place that produces the sensation that there is no ‘real’ out ‘there’ anymore. It seems to me that the notion of the ‘liminal’ returns to us the potential for an engagement with the nature of the psychic structure of imaginary space—paradoxes and all.

It also seems to me that in considering this sense, as a lost ontological ground on which to locate our perceptions of reality, that we must fully come to terms with and find new models for a multitude of different and shifting ‘grounds’, each of which calls up and calls for potentially conflicting

que ya no exista lo real “allá afuera”, sino que las relaciones entre nuestros sentidos y lo que es real y se puede manifestar, y lo que es real pero carece de forma física, han sido ocultas. ¿Cómo representamos las diferencias, los desequilibrios, las transgresiones y las relaciones antónimas que encarnan estos espacios físicos, tanto los conectados como los desconectados?

Uno de los asuntos más urgentes que enfrentamos al intentar esta tarea es redefinir nuestra relación con las imágenes—cuestión que se vuelve cada vez más filosófica—; y se vuelve más urgente aún debido a los problemas para determinar lo que es real, lo que son las imágenes con exactitud, cuál es su naturaleza hoy y cuáles relaciones podemos tener y tenemos con éstas. Acaso están desgastadas y ya no son herramientas valiosas para la comunicación como ha propuesto, entre otros, Alfredo Jarr en algunas de sus obras recientes, por ejemplo, *Lament of the Images* (*Lamento de las imágenes*, 2002).

La respuesta de sentido común que aún es vigente es que las imágenes habitan el lugar entre el objeto y el observador. Lo sabemos a partir del trabajo analítico de los semióticos visuales en el campo de la imagen, pero es en el terreno de “imaginar”/“imagen” donde la naturaleza transformada de las paradojas que describen estas condiciones puede hacerse visible.

Es aquí donde considero que el concepto de lo liminal es más útil. Uno de mis encuentros más tempranos con el término “liminal” fue a través de la antropología, en particular, en la obra de Victor W. Turner, en su libro *The Forest of Symbols* (*El bosque de los símbolos*, 1967). Cabe recordar que la raíz de “liminal” es “limen” que se relaciona con “limbo”. Turner describe los ritos tribales de iniciación como algo que ocurre en tres etapas

para los niños (no menciona a las niñas, no obstante que escribe a fines de los años sesenta). Primero, los niños de cierta edad son identificados; después separados y marginados con eficacia; aislados del resto de la tribu para colocarlos en chozas distintas que Turner describe como un “limen” o espacio de limbo. En ese momento, Turner los describe como afuera del espacio, afuera del tiempo. Los niños permanecen secuestrados en espera de que, por medio de un ritual de representación, puedan reintegrarse a la tribu ya como hombres. Es esta marginación la responsable de crear el espacio que conduce a un momento de representación, el cual pienso que revela las posibilidades contenidas en lo “liminal”. Pues este espacio, que comienza como un límite, produce a la postre un momento de representación. Con el tiempo, este espacio, se preña con la posibilidad del poder y la agencia.

Pero, al retomar la pregunta que formulé en relación con lo liminal y la naturaleza paradójica del presente, la noción de imagen/imaginación...

Como Paul Bishop propusiera, el problema es tanto de “acceso a” como de “representación de” un espacio interdiscursivo en el que nuestras relaciones con las imágenes pueden negociarse. Propondría que, hasta cierto punto, el problema de tener acceso se atribuye a una suerte de pérdida de la “profundidad *imaginal*”, a un colapso del espacio imaginario debido a la confusión producida tanto por la capacidad para simular imágenes como por la multitud de imágenes visuales que nos asaltan. Esta percepción de pérdida da como resultado una incapacidad para profundizar en la estructura psíquica del espacio imaginario, en su naturaleza paradójica, hasta el punto en que estamos obligados a permanecer en la superficie de

representations of reality. This is the terrain, I think, that needs to be explored in considering the ‘liminal’ in relation to issues of culture and agency. It is precisely at these nodal points where this information collects, along these boundary points or where several competing, invisible systems collide or come together, that it is possible to apply culture—in effect, to potentially create a rupture, delineate a ‘liminal’ space—such that the formerly invisible can, through this application, be made visible.

As Jean Fisher has written, the rhetorical figure that perhaps best exemplifies this boundary articulation is the ‘trickster’, a figure that is capable of transgressing normative discourses and addressing paradoxical conditions. What interests her in this formulation is the trickster’s lack of morality: he is a thief, a liar, a glutton and an *agent provocateur*, but he is also a humorist, a linguistic terrorist, and an iconographer of the cosmos. But it is precisely the trickster’s immoral behavior that is destined to generate a disturbance in meaning that exposes an unacknowledged imbalance in society; the aim here is to restore equilibrium, but on a more ethical plane. Tricky tactics perform subversion, not by inverting established codes as was typical of the historical avant-garde. Instead tricky tactics understand that what is affective or shocking is not the transgression of the obvious, but an unexpected confrontation with the unknown within the familiar.

And this is precisely what makes the boundary site of San Diego-Tijuana such a fruitful terrain for such an exploration.



las experiencias sin penetrar en el espacio más profundo. Es precisamente esta impresión de pérdida de lugar la responsable de la sensación de que ya no existe lo “real allá afuera”. Me parece que el concepto de lo liminal nos devuelve el potencial de relacionarnos con la naturaleza de la estructura psíquica de un espacio imaginario, paradojas incluidas.

Asimismo creo que, al considerarlo en este sentido, como un terreno ontológico perdido en el cual ubicar nuestras percepciones de la realidad, debemos aceptar y encontrar nuevos modelos para la multitud de “terrenos” diferentes y cambiantes, cada uno de los cuales invoca y exige representaciones potencialmente conflictivas de la realidad. Es este el terreno que necesita ser explorado al pensar lo liminal en relación con aspectos de la cultura y la agencia. Es, precisamente, en estos puntos nodales donde la información se congrega, a lo largo de estos puntos limítrofes o ahí donde varios sistemas invisibles en competencia chocan o se reúnen, donde es posible aplicar cultura —más aún, donde es posible crear una ruptura, delinear un espacio liminal— de tal suerte que lo que hasta entonces fuera invisible pueda, mediante esta aplicación, volverse visible.

Como Jean Fisher escribiera, la figura retórica que tal vez ejemplifica mejor la articulación del límite es el *trickster*,* una figura capaz de transgredir los discursos normativos y de reconocer las condiciones paradójicas. Lo que interesa a la autora en esta formulación es la ausencia de moralidad en el *trickster*; el personaje es un ladrón, mentiroso, glotón y agente provocador, pero también es un humorista, un terrorista lingüístico y un iconógrafo del cosmos. Es justamente la conducta inmoral del *trickster* la responsable de generar perturbación en el significado que revela un desequilibrio no

reconocido en la sociedad; al respecto, su objetivo es restaurar el equilibrio, pero en un plano más ético. Las tácticas tramposas generan subversión, no al invertir los códigos establecidos como es característica de la vanguardia histórica, sino que esas tácticas entienden que lo que resulta afectivo o escandaloso no es la trasgresión de lo obvio, sino la confrontación inesperada con lo desconocido dentro de lo conocido.

Y es precisamente lo que hace del sitio fronterizo de San Diego-Tijuana un terreno tan fructífero para una exploración de esta índole.

Traducido del inglés

* Protagonista de leyendas y mitos de distintos pueblos, el *trickster* en ocasiones rige sobre dioses y naturaleza. A veces toma atributos de héroe, aunque no se despoja de su bagaje de trucos y travesuras que aplica con ingenio para subvertir el orden. Para algunos autores, como Allan Chinen, por ejemplo, está ligado a la figura del chamán y ubica sus orígenes en el paleolítico. [Nota de la T.]